

# HOMENAJE A SADE

POR JUAN JOSÉ PLANS

Introduzco una moneda de células clasificadoras en la ranura de mi cámara de registro (diez mil billones de elementos de información), glup glup ¡clin!, y el diagrama, como pantalla de televisión cósmica, punto por punto, transmite imagen

(en la que he prohibido la participación de comentaristas de política internacional y de hombres que pronostican el tiempo del día siguiente, que será blanco al llegar a O, así dicen los expertos en armas nucleares).

A partir de x:= PES (percepción extrasensorial), nitidez. En la coordenada b, ella.

Se acerca iluminada por un candelabro de nervios inflamados y de vísceras calientes envueltas en sostenes de doncellas en continuo espasmo

(adquirido en una subasta de los objetos que habían pertenecido al conde, asesinado en una rosa mañana de verano en su acolchonado ataúd, víctima del odio de una vieja despechada como amante —no colocaba ajos en su ventana ni tenía crucifijos—, que le traspasó su milenario corazón con una rudimentaria estaca)

mientras unos arlequines marianos acarician sus lacios cabellos.

Navega por un mar neurofisiológico.

Una ola altísima, maremoto de la paranormal cognición, que se pierde en constelaciones de senos de sirenas, metamorfoseándose en mano de diez mil monómeros, la deposita a mis pies.

Infinidad de arpas de cordones umbilicales acompañan su voz. Canta, con frecuencia modulada:

Ttt qqq mmm aaa ddd eee iii...

Susurra embriagadoramente (néctar de las glándulas salivares), con el hechizo de las brujas en un aquelarre, la canción a todo mi ser, monje de la voluptuosidad pero no pornográfico.

En (mi) la playa, de amarillentas neuronas, llueve luz.  
Soles y soles, como reflectores, calientan nuestros cuerpos.  
Camino por su aliento, perfume de fibras. Abrasan los contactos de las neuronas. Los labios se acercan. Pero,  
siempre siempre siempre,  
cuando nuestras bocas van a rozarse al tiempo que el mar se conmueve (saltan los peces de ácido nucleico) y los soles giran en vertiginosa rotación, mi esposa me despierta hundiendo odiosamente un dedo en mi hombro, diciendo que es tarde y que me trae el jugo de naranja (veneno para mi sueño).  
Debe sospechar de que estoy a punto de serle infiel. Llega en el preciso instante, me hace sufrir.  
Un día tendré que matarla.  
O quedarme dormido eternamente o proyectarme hacia lo astral.  
Porque ella  
está, aunque no sepa si habita en las galaxias de mi universo o en las lejanas galaxias del gran universo. La canción.  
Ttt qqq mmm aaa ddd eee iii..  
queda borrada de la banda sonora por el tubo de escape del autobús de las 8,15.  
Y desespero, porque es como si todo/s se rieran de mi amor jamás copulado.

